

Giorgio Agamben”, “Inmunidad versus comunidad: Roberto Esposito”, “El rebasamiento ontológico de la política: Jean-Luc Nancy” y “El acontecimiento de la política frente al estado del orden: Alain Badiou”, se reconstruyen las propuestas teóricas de los autores mencionados destacando en cada caso los aspectos específicos de sus trabajos que posibilitan inscribirlos en la órbita del pensamiento impolítico.

En conclusión, sin dejar de reconocer el valor que la tarea de crítica conceptual presenta a la hora de renovar y problematizar las instituciones y *praxis* políticas, el autor cuestiona la abstracción implícita en dicha crítica junto al absoluto rechazo de la necesidad y legitimidad de las mediaciones e instituciones, que llevaría a las filosofías impolíticas a correr el riesgo de devenir políticamente paralizantes. La clave de lectura que el ensayo propone puede resumirse en la siguiente formulación: lo que el pensamiento impolítico gana en términos de radicalidad, apostando a un acontecimiento mesiánico “que confunde cualquier gobierno y mediación institucional con una teología política productora de muerte” (p. 257), lo pierde en términos de efectividad política al rehusarse a pensar mediaciones productoras de orden político.

Al lector le toca sopesar los argumentos presentes en el ensayo, así como tomar posición frente a los mismos –el volumen es una permanente invitación a ello–. De lo que no caben dudas es que el ensayo de Hervás representa un aporte significativo al debate en torno al pensamiento político contemporáneo, tanto como una herramienta de análisis crítico sumamente rica a la hora de comprender las filosofías impolíticas.

Gustavo P. Guille

**Virginia Cano, *Ética tortillera. Ensayos en torno al êthos y la lengua de las amantes*, Buenos Aires, Madreselva, 2015, 122 pp.**

Si quisiéramos definir de una vez el punto central de este corpus textual, nos bastaría con sólo atender apenas al título que lo introduce. *Ética tortillera* es la pugna, la búsqueda, la preocupación, el cuidado y el deseo de dar con una ética lesbiana, es decir, con el conjunto de prácticas que construyen, habitan y moldean nuestros cuerpos, al tiempo en que ellas mismas brotan de nuestro existir y accionar. Siguiendo a Aristóteles, Virginia Cano sostiene el vínculo entre *êthikós* y *êthos*, y entiende *êthos* en su doble acepción: modo de ser, hábito, costumbre y morada, “lugar en que se habita”, vivienda.

La ética, como este ocuparse de aquellos modos de ser, acciones y caracteres constituidos por medio del hábito, en su transvaloración lesbiana, emerge como “interrogación de un modo de ser y de habitar, residir y resistir en el mundo” (p. 22). De esta manera, la ética lesbiana apunta hacia el “horizonte de las acciones, pasiones y deseos” (p. 21) que construyen los modos de ser de la disidencia sexual.

La autora se propone, entonces, irrumpir en un espacio que se pretende con límites bien definidos y estructurados, a saber, el espacio académico-filosófico: allí donde se disputan “los saberes y los sujetos que los (re)producen” (p. 31). Alzando la voz y afirmándose como “académica lesbiana. Lesbiana profesora. Una militante lesbiana. Una feminista lesbiana. Una investigadora lesbiana” (p. 36) emprende, en este “ámbito hostil”, la disputa por una morada, lugar de residencia del cuerpo lesbiano. Cano interviene en ese entramado de poder con el propósito de parasitarlo y hacerlo tambalear desde adentro. Es así que la autora comienza un camino de desnaturalización, de deslizamientos y pliegues, de (re)definición de una lengua amante que al fin permita articular las palabras que nos fueron sesgadas, para traerlas al espacio abierto y libre de la existencia disidente. El texto y la ética que se buscan forjar, acontecen y se configuran como resultado de la performatividad del proceso de escritura y lectura.

Al mismo tiempo, como señala el prólogo de Valeria Flores, el golpe de martillo nietzscheano es la herramienta que Virginia utiliza sin tapujos para demoler una tradición de pensamiento de matriz heterosexual, para diseminar sus sentidos hacia otros obturados y empuñarlos con su voz tortillera. La potencia vital que agencia este martillazo es el deseo, el amor, el impulso erótico (p. 36). Al mismo tiempo, el vitalismo se presenta en el propósito de (re)encarnar de una vez por todas, en el marco de la academia, un cuerpo “situado, amante y contingente” (p. 25), que ha sido relegado a los márgenes, al extranjero, a lo largo de la tradición filosófica y académica. En este sentido la escritura de Cano, podríamos decir, es una escritura en carne viva.

El texto en su conjunto está conformado por una compilación de fragmentos/artículos/ponencias que han resultado de encuentros, jornadas, simposios, congresos y revistas en que participó su autora. Las cuatro secciones que constituyen este corpus escritural nos proponen un recorrido por diversos ejes.

Podemos apreciar un texto transido de exilios. Este carácter errante se revela en el discurrir de la autora, en sus idas y venidas, en sus andanzas y enmascaramientos: amante, militante, poeta, filósofa, investigadora. Pero también en los desplazamientos de sentidos y modos de ser que contienen un matiz de extranjería: de gay a lesbiana, de la homosexualidad al lesbianismo (según dice en la ponencia “La lengua de la investigadora. Subjetivi-

dad lesbiana y académica”). Como allí se expresa, las lesbianas llevamos a cabo un conjunto de prácticas que nos separan de lo (hetero)normal

Se trata de un texto atestado de huellas, marcas, inscripciones, escrituras. Este punto lo revela, por sobre todo, el segundo artículo, “Fragmentos pornográficos: esbozos de una ética tortillera”. Allí la autora propone el bosquejo de una (est)ética tortillera a partir de los trazos porno-gráficos inscriptos en nuestros cuerpos-amantes: es este devenir palabra, relato, escritura, de las prácticas lesbicosexuales permitirá articular su pensamiento est-ético. Es una narración fragmentaria que, mediante imágenes y retazos de (im)propia autoría, busca hacer manifiesta no una verdad, sino la impronta lúdica que caracteriza el ejercicio amoroso, el juego en el cual las amantes reúnen, hacen y deshacen, transforman y se conjugan en un encuentro que antecede a la misma definición de esta práctica y modo de ser en el mundo, y que nos posiciona a las lesbianas ya “no en un desierto”, ya no en el exilio, sino bajo la geografía de nuestros cuerpos: cuerpo-territorio, cuerpo-campo, cuerpo-morada.

Al mismo tiempo, Cano nos guía por coordenadas de tinte más academicista, en donde se entabla un diálogo y disputa con Wittig y Rousseau (por ejemplo, en “(Des)hechos contractuales: la potencia contra-natural de las lesbianas en Monique Wittig”). Allí, posicionándose como afín a la crítica de Wittig al filósofo francés, se opone a la francesa proponiendo una reapropiación y reinención de las categorías mujer(es) y lesbiana(s), en consonancia con las luchas colectivas por la liberación y la diversidad identitaria y sexual.

Como ya se dijo, la (re)definición de una lengua lesbiana es uno de los propósitos que encara Cano a lo largo del texto. De allí que en “Una exploración en torno a la lengua tortillera” se repare sobre la importancia del nombrar(nos), en tanto toda taxonomía nos hace ser “quienes (no) somos” y condiciona “lo que hacemos, sentimos, pensamos, conocemos y deseamos” (p. 80). La lengua nos remite al conjunto cultural de valores y sentidos que habitan la lengua. En este sentido, el tortismo es concebido como ideología, en tanto modo de ver el mundo, conjunto de valores y normas. Y la lengua tortillera o tortilengua, lengua incompleta, deshecha y en constante mutación, constituye una manera de narrar(nos), decir(nos) y hacer(nos). Parodiando la “tabla de las categorías” kantiana, la autora realiza entonces un repaso por toda la taxonomía que subyace a esta lengua. Torta se es y se dice de muchas maneras, y estas categorías son tan solo puntos nodales de un entramado infinito. El recorrido por éstas permitirá, por un lado, dar cuenta de algo de lo que (no) somos, y por otro, establecer una crítica a su cristalización dentro del espacio tortillero, donde muchas veces son concebidas como criterios de pureza y corrección que resultan tan coercitivos como aquellos de los que se intenta escapar.

Por último, en “Esas raras teorías nuevas: o la(s) crítica(s) de la razón (hetero)sexual” (p. 101), Virginia Cano apunta su propósito de entender el corpus de textos y pensamientos disidentes como experiencia de la transgresión de los límites, aquellos impuestos por una “razón-logos-nomos” heterosexual huidiza, que se angustia ante la ignorancia y se atrinchera temerosamente en una *isla* de certezas. La filosofía disidente, como crítica de la razón heterosexual, se posiciona como un pensar “en el modo de la incerteza y la ignorancia” (p. 109), que interroga más allá del límite y abraza la duda, para hacer crujir desde adentro el decadente edificio de la tradición.

*Lucia Pardon*